

1834

Meulán, 23 de julio, á las 8 de la mañana.

He cambiado de idea, Adela mía. Estoy en Meulán, delicioso pueblo de las orillas del Sena, lleno de ruinas y de viejas. Hay dos bonitas iglesias; la una es el mercado de cereales, y la otra el depósito de la sal. Hay también el fuerte de Oliverio el Gamo, pero sin torres y sin puertas y completamente deshonrado por las restauraciones. Lo mismo da; el conjunto del pueblo es agradable, su situación deliciosa al borde del agua, entre las islas, los árboles y las embarcaciones. ¡Yo te quisiera aquí, ángel mío!

La diligencia de Ruán pasa á las diez. Si encuentro sitio la tomaré. En ese caso, no llegaré á París hasta el viernes. Ya sabes cuántos deseos tengo de ver Ruán. En cuanto á la Roche Guyón, á Montlhery y á Soissons, será para otra ocasión. Hasta el viernes, pues, lo más tarde.

Muchos besos á toda la nidada. Yo espero que la hospitalidad de los Roches habrá sido siempre excelente para contigo. Hasta luego. Piensa en mí que te amo y ámame. Eres mi gloria.

Tu VÍCTOR.

Evreux, 25 de julio.

Me ha sido imposible llegar á Ruán. Los caminos están atestados de personas pusilánimes que las fiestas de julio arrojan de París y de curiosos atraídos por ellas. Después de mil contrariedades que ya te contaré y te divertirán, ángel mío, me tienes aquí, en Evreux. Yo quería esta mañana seguir para París con la diligencia de Cherburgo que pasa á las ocho; pero no había un solo asiento, como en las demás. Quedo reducido, pues, á los pequeños carruajes, que son lentos; pero ya sabes prefiero esta manera de viajar que deja verlo todo. Sin embargo, hoy lamento que retarden el momento de verte y abrazarte.

He encontrado ya cosas admirables que me servirán mucho. Hoy veré otras, la catedral y San Taurin, dos maravillas. Creo que marcharé á las cuatro en el coche de Rolleboise, y que estaré en París mañana sábado, á las siete, para comer con vosotros.

Hasta mañana, pues. Te amo con todas las fuerzas de mi corazón, que tú no aprecias bastante á veces. Mil besos.

Rennes, 7 de agosto, jueves, á las 5 y media de la mañana.

Te escribo corriendo cuatro líneas. He llegado aquí á punta de día con las hijas de Bernard, que son simpáticas bajo todos conceptos. Aparte algunas casas viejas, la ciudad no significa gran cosa. Verneuil, Mortagne, Mayenne y Laval, son villas deliciosas. He pasado á media noche por Vitré. Dilo á tu padre; comprenderá lo que me pesa.

En San Briec, las señoritas Bernard me dejaron. Da buenas noticias de ellas á su padre. Dile que soy amigo suyo.

Yo te escribiré desde Brest, en donde estaré mañana á la misma hora.

Adiós, Adela mía. Te amo. Hasta muy pronto. Escíbeme largo y á menudo. Tú eres la gloria y el honor de mi vida. Beso tu hermosa frente y tus bellos ojos.

Cariños á Didina. Besa á nuestro *Totó* por mí.

Brest, 8 de agosto.

Acabo de llegar. Estoy aturdido aun por tres noches de diligencia postal, sin contar los días. Tres noches oyendo el chasquido de la fusta, á escape, sin beber, ni comer, ni respirar apenas, con cuatro diablas de ruedas que se comen las leguas á cuatro carrillos. Te aseguro, amada mía, que la cabeza se cansa, cuando durante una madrugada de viento y de bruma se baja á galope tendido á Brest, sin ver otra cosa que el vidrio abajado ante tus ojos contra la lluvia.

Pero lo que no se cansa nunca, lo que siempre se halla dispuesto á escribirte, á pensar en ti y á amarte, es el corazón de tu pobre y viejo esposo que ha sido niño contigo, aun cuando hayas permanecido siendo mucho más joven que él de corazón, de alma y de cara.

Todavía no he visto nada en Brest. No hay más monumentos que una iglesia grande y fea de Luis XV, lo más San Sulpicio que puedas imaginar. Tampoco hay casas viejas y esculpidas. Yo creo que habrá que resignarse al presidio correccional y á los buques de línea.

En San Briec me dejaron las señoritas Bernard. Fueron substituídas en la mala postal por un oficial de marina, M. Esnonne. Tiene una linda esposa y dos hermosos niños. Es muy literato, y su mujer y sus hijos muy poéticos. Su poesía y la mía visitarán el presidio juntos. M. Esnonne me hará entrar sin que tenga que descubrir mi incógnito.

Cuando tenga un minuto te escribiré. Iré, sin duda, á ver Karnac. Ya me he bañado los pies en el Océano. ¿Cómo va mi *Toló?* ¿Y tú? ¿Y todos? Escríbeme muy largo. Ya ves y sabes cuánto te amo.

Mil cariñosos recuerdos á los habitantes de las Roches.

Brest, 9 de agosto, á las 8 de la noche.

A las cuatro de esta madrugada partiré para Auray en el imperial de la diligencia. Voy á ver Quiberón y Karnac. Desde allí cuento remontar el Loira por Nantes hasta Tours en el vaporcito, y luego de Tours á París; allí encontraré tu frente tan pura, y tan buena para todo cuanto te rodea.

No he encontrado cartas tuyas aquí. No obstante, las esperaba. Escíbeme en adelante á *Tours*, lista de correos. Pon en la dirección *Barón Hugo*; esto constituye para mí un excelente incógnito.

Hoy he visitado con M. Esnonne, de quien ya te hablé, el puerto de Brest, un buque de línea (el *Algésiras*) y el presidio correccional. Todo eso está lleno de cosas curiosas y de impresiones de todas clases. He comprado á los presidiarios varias labores que no he podido dispensarme de regalar á la señora Esnonne. Es una pareja admirable y excelente á la que he rogado mucho viniera á vernos en París. Sólo para ellos he roto el anónimo, y aun porque lo han adivinado.

Hemos tomado una lancha de vela que nos ha paseado dos horas por la rada. Después de lo cual me he separado de ellos para ir á tomar el asiento. Todos estos días desde ahora, Adela mía, van á quedar ocupados hasta el último minuto; pues, ya que estoy, es preciso que lo vea todo. Tal vez no podré escribirte con tanta frecuencia. Pero piensa que pienso en ti y en todos vosotros. Adiós. Tengo que cerrar esta carta. Abraza á todos los seres á quienes amamos. Consérvate buena. Tu vida es mi vida, tu dicha es mi dicha.

Mil buenos recuerdos á los Roches.

Vannes, 12 de agosto.

Ya estoy en Vannes. Ayer fuí á Karnac en un destartalado cabriolé por intransitables caminos, y á Lokmariaker á pie. Esto suma ocho buenas leguas de marcha que me han derrengado; pero he recogido muchas ideas y muchos asuntos, amada mía, para nuestras conversaciones de este invierno.

No puedes figurarte cuán extraños y siniestros son los monumentos celtas. En Karnac he sentido casi un momento de desesperación. Figúrate que esas prodigiosas piedras de Karnac, de las que me has oído hablar tantas veces, han sido derribadas casi todas por estos imbéciles campesinos, que las utilizan para paredes de sus cabañas. Todos los dólmenes, excepto uno que ostenta una cruz, están por tierra. No hay más que dos peulvanes. ¿Te acuerdas? Un peulván es una piedra derecha, como una que vimos juntos en Autún, en aquel delicioso y agradable viaje que hicimos en 1825.

Los peulvanes de Karnac producen un efecto inmenso. Son innumerables y puestos en hileras, formando grandes calles. El monumento entero, con sus cromlek que ya no existen y sus dólmenes destruidos, cubría una llanura de más de dos leguas. Ahora sólo se contempla su ruina. Era una cosa única que ya no existe. ¡Estúpido país! ¡Pueblo estúpido! ¡Estúpido gobierno!

En Lokmariaker, á donde me ha costado mucho llegar con los pies ensangrentados por las malezas, no hay más que dos dólmenes, pero hermosos. El uno,